

# Poesía Póstuma de Armando Rubio

Por Ignacio Valente

**A**RMANDO Rubio murió en 1980, a los 25 años, cuando su poesía dispersa en revistas, pero en su mayor parte inédita, hacía presagiar ya a un poeta notable. Su padre, el poeta Alberto Rubio —autor de ese libro estudiando que se llamó *La greda vasi-ja*— selecciona, ordena y prologa los versos de su hijo, que aparecen hoy con el título de *Ciudadano* (Ediciones Minga). Recuerdo haber admirado, en un comentario breve, tres o cuatro poemas de Armando Rubio que ganaron algún concurso; pero el conjunto de su obra —o una selección de toda ella— da una idea mucho más cabal del talento que fue o que prometía ser. Tratándose de poemas escritos a los 16, a los 22, a los 25 años, no cabe exigirle una calidad pareja: el libro muestra los tanteos juveniles, las indefiniciones adolescentes de su intuición y su lenguaje; lo importante es que contiene ese puñado de aciertos rotundos que salvan una obra.

Vale la pena detenerse en el primer poema, *Semblanza*, que esta edición destaca —y con razón— como el pórtico de los que siguen. “La vida y yo nos juntamos/ oliéndonos como perros/ que no pueden separarse/ sino hasta acabar el juego”. (...). “Temeroso fui cediendo/ aunque dientes me enseñaba./ Mas yo también le enseñé/ mi dentadura apropiada./ Con todo su olor, la vida/ me llamaba hacia el amor./ No pudimos separarnos/ hasta que el juego acabó”. Es evidente la madurez de lenguaje que alcanzan ya estos cuartetos, en verso octosilabo con rima asonante: su aplomo, la calidad imaginativa de su planteamiento, la síntesis de verdadera semblanza que el poeta consigue en la asociación de la vida con una triple familia de significaciones: el sexo, la “vida de perro”, el juego.

Si seguimos a lo largo del libro la proyección de estas tres imágenes de su obertura, encontramos alusiones más bien escasas y leves

al sexo. La más significativa de ellas se cierra con la admonición de la muerte —con mayúscula en el original— y comienza así: “Cuando las liceanas de París, de Roma o de Santiago/ se arracimaban cimarreras/ bajo el rubio portal de los cinematógrafos/ y los pechos les temblaban como granadas/ en manos de púberes soldados...”. La imagen del perro también se continúa a lo largo de otros poemas, y en el último de ellos, *Ciudadano*, se clausura nuevamente con el expreso vaticinio de la muerte: gitanas predicen al poeta “que tendré vida cara con un final de perros;/ o sea que no pienso morir como Dios manda”. A la luz del acto ulterior que puso fin a su vida, es difícil no leer este poema —y varios otros, como hace el prologuista y padre— en términos de premonición, si bien la poesía dice lo que dice al margen de posteriores cumplimientos en la existencia del autor.

Por más que la muerte sea, en efecto, el hilo conductor del libro, dejémoslo de momento para seguir la tercera alusión inicial, el juego, que no está sólo mentado como tema, sino actuado como forma en los numerosos poemas lúdicos, juguetones de esta obra. He aquí uno de sus muchos aciertos, *Blanca Nieves*: “¿Quién es la más hermosa?./ al espejo pregunta Blanca Nieves./ ¡Yo!, responde su imagen./ Y a Blanca Nieves, envidiosa,/ se le quiebra la cara entre sollozos/ que en el suelo relumbran”. Es excelente la identidad de rostro y espejo —de imagen y realidad— que producen los dos últimos versos: la cara se quiebra como un espejo, sus sollozos en el suelo relumbran: óptimo final de un breve poema que invierte el sentido del legendario cuento, para revelar con precisión un motivo proustiano: la imagen es más real que la realidad.

Algunos de los mejores poemas de este libro son textos como de juego, que apuntan siempre, sin embargo, a una referencia “seria”: “Si la vida consiste en poner caras,/ pondré unos ojos dulces/ y labios sonrientes,/ para que Dios, fotógrafo en las nubes,/ complete su álbum familiar”. De pronto hay una voz como de Vallejo en estas salidas tragicómicas: “Voltear los autobuses, y tocarles/ la oreja a los absurdos transeúntes,/ saber de

abuelas tuyas y de hermanas,/ y de la fecha atroz en que nacieron!”

La existencia atroz, la vida como mascarada, los transeúntes absurdos, morir o no morir “como Dios Manda”...

Las imágenes de la muerte son la corriente secreta que unifica esta breve obra, adoptando al pasar variadas formas. Ya estamos muertos: “Que mi rostro/ siga/ siempre/ pálido:/ así/ nadie/ sospechará/ mi muerte”. A los 21 años: “¡Y tan largo/ que se me vuelve este juego!”. En *Recordatorio*, la muerte es “algo serio”, y la vida, un “mientras tanto”. En *Humo*, el cigarrillo invita al poeta a desvanecerse como él: la muerte como desmayo/disipación; juego de palabras bocanada/boca-nada.

Pero el hilo existencial que lleva a la muerte más trágica atraviesa diversas imágenes de la vida como desolación y cansancio, en un *crescendo* que se cierra con la expresión desnuda y literal de *ciudadano*. El tedio a la vez adolescente y maduro mueve estas imágenes de desolación, rutina, nada y nadie: “Ninguna novedad hoy en la tarde./ La ciudad y su curso inevitable./ Yo, bestia umbilical, pájaro enfermo,/ he de seguir de noche/ atado al parpadear de los semáforos,/ a la misma ciudad donde parece/ que ya no habita nadie”. La uniformidad terrible de la vida busca expresarse en los gestos rituales que este libro prodiga una y otra vez como signos de una recurrencia muerta: “Hasta cuándo/ nos vamos a lavar/ los mismos dientes;/ ¿para quién?”. Dicho con otro eco vallejiano: “Esta vieja costumbre en consecuencia/ de amanecer cansado cada día/ con la cara de siempre, el mismo aspecto/ —cordero estupefacto, ¿no hay derecho!”. Hacia el final: “Ya se me está agotando la paciencia./ De muerte natural ya nadie muere./ La muerte no soporta diferencias”. Estos endecasílabos resuenan por fin en los alejandrinos de la última página: “...que tendré vida cara con un final de perros;/ o sea que no pienso morir como Dios manda”.

Intensa vida, intensa experiencia de la desolación, intensa poesía la de este muchacho que prometía ser un poeta hecho y derecho en el “milagro de estar vivo y respirando/ una noche cualquiera de mil novecientos ochenta...”



El joven poeta  
Armando Rubio.